

Treitschke sobre España. Para nuestros trogloditas germanófilos.
("La Publicidad". Barcelona, 10 febrero 1917).

5-17 1



El discurso que pronuncié en Madrid el 28 del finado enero en la comida que presidí y en que se celebraba el tercer aniversario de la fundación del semanario "España", a la vez que la constitución de la Liga anti-germanófila española ha empezado a rendirme sus frutos. Que son ante todo cartas de trogloditas germanófilos españoles—¿españoles?—que la emprenden conmigo escribiéndome, no ya con pluma, sino con la petra que heredaron del hombre de las cavernas, su abuelo venerado, a cuya tradición quieren permanecer fieles.

Si he puesto con interrogante lo de españoles no es porque yo dude de que los autores de esas cartas hayan nacido en España, de padres empadronados como españoles y de que ellos mismos, según el estricto derecho civil y la cédula personal, lo sean, sino porque la españolidad es para mí una categoría histórica y esas gentes viven al margen de la historia, fuera de ella, aunque acaso dentro de la tradición. Y la tradición como algo estático, fije, dogmático, establecido de una vez para siempre, no es historia, sino escurraja de ella. La historia es tradición en progreso, en cambio, en renovación, es contradicción.

Esos pobres trogloditas me culpan de mal español, de no ser español. Y ello porque siento nuestra historia pasada, viviéndola, es decir haciéndola en el presente, de otro modo que ellos la sientan. No me pueden perdonar—así me dice alguno de ellos—que haya llamado al tercer duque de Alba el tercer verdugo de Flandes y que haya dicho que fué un día feliz para España aquel en que la Armada Invencible—invencible antes de pelear—se hizo añicos en las costas de Inglaterra. Y creo, sin embargo, que si la Armada Invencible llega a vencer y no ser, como fué, aunque invencible, vencida, habría sido peor para España en el aspecto moral aunque más ventajosa para la Casa de Austria. Inglaterra al derrotar a la armada aquella de Felipe II que pretendía asegurar a Flandes bajo su dominio imperial y el de la Inquisición, ayudó a España no menos que le ayudó dos siglos y cuarto después al arrojar de nuestro suelo patrio a las huestes napoleónicas. Así como creemos que la batalla de Waterlío fué una derrota de Napoleón, pero una victoria—victoria de liberación—de Francia. Y que en 1870 fué derrotado el nuevo imperialismo de Napoleón el Chico, de Napoleón III, el que quiso imponer el austriaco Maximiliano a Méjico, y no Francia, no la Francia que ahora resurge para libertar a Alemania derrotando el imperialismo militarista prusiano.

Son maneras de sentir la historia.

Aquellos de nuestros trogloditas que conocen algo nuestra historia nacional, que han recibido la tradición histórica que como cosa muerta, como osario de lo que vivió, se transmiten de unos a otros en sus cavernas espirituales a donde no entra el sol del porvenir ni aun el del presente, aquellos de nuestros preteritistas que guardan como

legado intangible, esa historia muerta, que no es historia, sino despojo de ella, sienten que los alemanes están haciendo buenos a los sicarios de los reyes de nuestros abuelos. Las atrocidades de los tudescos en Bélgica les parecen una justificación o por lo menos una excusación de las atrocidades de aquellos servidores de la Casa de Austria española en Flandes. España, la España oficial, representó la Contra-Reforma entonces como hoy Alemania representa la Contra-Revolución.

Treitschke, el principal apóstol del imperialismo prusiano, en su libro de "Política" ("Politik"), hablando de España, dice: "Los españoles, este pueblo bien dotado, se desangró por la idea política del todopoderoso de la Iglesia Católica. Es un grandioso idealismo político que no cabe examinar sin temblorosa admiración. El áureo suelo de la industria fué despreciado y el país se arruinó de tal modo económicamente que se siguió de repente el derrumbe."

(L. 1). ¿Admiración a España? Sin duda, pero a aquella España, a la España imperialista, a la España inquisitorial, a la España liberticida. Pero oigan los trogloditas lo que de nuestra España, de la de hoy, de esta en que aún son legión los que quieren vivir, no ya de recuerdos vivos, mas de reliquias muertas—como aquella vieja e infecunda solterona que cuando ya no siente ni el dejo del amor pasado contempla entre las hojas de su devocionario el seco pensamiento, hecho ya casi polvo, que le diera aquel novio que se casó con otra y con otra tuvo hijos—oigan lo que Treitschke, el admirador tembloroso de la España que fué, decía en 1892, de la que es.

"Para las potencias históricas no se trata tanto del primer descubrimiento e invención como de saber informar y retener. Aquí encajan aquellas claras palabras: "sic vos, non vobis." ¡Qué trágica la suerte de España que descubrió al Nuevo Mundo y hoy no guarda para sí, inmediatamente, nada de este gran hecho cultural! Tienen, sin embargo, todavía una ventaja los españoles y es que viven todavía allí tantos millones de hombres que hablan español. Han venido otras naciones para arrebatarse a los pueblos ibéricos el fruto de su esfuerzo, primero los holandeses y los ingleses después. La historia tiene rasgos viriles; no es para naturalidades sentimentales ni para mujeres. Sólo los pueblos valientes ("tapfer") tienen una existencia segura, un porvenir, un desarrollo; los pueblos débiles y cobardes se van al fondo y con derecho." Más claro ni agua. Y que lo lean

H 10

primer



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES

los que retorcieron unas palabras de lord Salisbury. Los pueblos débiles y cobardes—"schwache und feige Voelker"—decía Treitschke refiriéndose a los pueblos ibéricos, se van al fondo y con derecho—"von Rechts wegen".

Vamos, sí, que tienen el derecho de hundirse. Como tendrá España el derecho de pasar hambre y afrenta si soporta la barbarie esa del bloqueo por los submarinos del pueblo valiente!

Y en otros pasajes de su obra, en el p. 27, al final de ella, hablando de la entrada de Italia en la pentarquía de Europa — Rusia, Alemania, Austria, Francia e Inglaterra—como gran potencia decía desdeñosamente: "Las pretensiones de España son puramente formales; una mera cuestión de vanidad—"eine blosse Eitelkeitsfrage". De Italia hay que decir, por el contrario, que empieza a ser lo que hasta aquí no ha sido, una gran potencia." Esto lo decía Treitschke en 1892.

Y no se les ocurrirá a los que siguen las maquiavélicas doctrinas políticas de Treitschke, el que sostenía que la guerra es la política por excelencia y que sólo en la guerra se hace pueblo un pueblo (A. 1, pág. 60 de la 3.ª edición, de 1913) si no es precisamente por haberse desangrado España en la satánica idea política de querer imponer el todo-poderío de la Iglesia Católica y la hegemonía de su dinastía austríaca, por lo que tuvo que dejar que otros pueblos se aprovecharan del fruto de sus descubrimientos y por lo que tiene que tener pretensiones puramente formales a ser potencia y como cosa de mera vanidad? Y ahora ni eso. Porque no sé que sea ni vanidad siquiera lo de la neutralidad a todo trance y a toda costa y ese infantil ensueño de que la paz se firme en nuestro suelo, celebrándola acaso con una corrida de toros en que rejoinen algunos grandes de esta chica y achicada España. Se verá que sirven por lo menos para caballeros en plaza... de toros.

Nuestros trogloditas germanófilos han inventado la máscara de la hispanofilia, pero para ellos español hispanófilo es el que se hace moralmente solidario, de los atropellos contra la civilidad que cometieron hace cuatro o tres siglos los poderes públicos españoles al servicio entonces de la Casa de Austria. Cualquiera diría que en un pueblo, como en un hombre, no cabe el arrepentimiento!

Y aun aquellos españoles de entonces, los que decían con Hernando de Acuña: un pastor y una grey sólo en el suelo; un monarca, un imperio y una espada, y con el conde Lozano, el de "Las mocedades del Cid":

procure siempre acertarla
el honrado y principal,
pero si la acierta mal
defenderla y no enmendarla

aquellos españoles de antaño, los de capa y espada, iban por sí mismos a tratar de imponer su credo y su manera de sentir al mundo, iban a procurar ganarlo para Dios a cristazo limpio, a la vez que le estrujaban el oro por añadidura, pero estos españoles trogloditas de hoy, estos que se llaman a sí mismos hispanófilos, estos dicen que esperan—lo dicen sin creerlo, por supuesto—que Alemania nos devuelva el peñón de Gibraltar y no sabemos si también las islas Carolinas y obligue a Portugal a someterse para que puedan así volver a él los jesuitas y se restablezca en él la subordinación del Estado a la Iglesia.

Pero lo saben bien en Alemania; las pretensiones de la España troglodítica, tradicionalista, germanófila, son puramente formales; todo ello no es sino cuestión de vanidad. Cuestión de vanidad y de vengatividad. Y de envidia también. De envidia, sí, de esa lamentable envidia que engendró la Inquisición y mantiene nuestra actual inquisición social latente, de esa envidia de bajo rasero, odiadora de la Libertad, que se enfurece frente a todo desarrollo y fuego limpio y libre de la personalidad, de esa envidia nacida de la que Menéndez y Pelayo llamó nuestra democracia fraileluna que no es en el fondo tal democracia, pues no brota del pueblo, del verdadero pueblo, sino de las facciones y de los rebaños.

Sólo la civilidad hace pueblos y sólo un pueblo consciente del ensueño del porvenir tiene historia, la historia que digiere, trasformándola, la tradición. La tradición indigestada produce fatales asientos en las entrañas de una nación.

MIGUEL DE UNAMUNO

